

LOCUS AMOENUS

Eugenio Asensio Solaz

LOCUS AMOENUS

La única iluminación sobre el escenario consiste en una intensa luz que sale de la puerta abierta en el lateral derecho. Ésta se abre hacia el público, con lo cual nos impediría ver a quien estuviese detrás. En el centro de la escena VERÓNICA muestra su total disposición a ser la secretaria ideal, con esa intención se aferra a una libreta y a un bolígrafo.

VERÓNICA.- *(Dirigiéndose a la luz).* No se preocupe señor Presidente, yo de aquí no me muevo.

Se cierra la puerta con un portazo hiperbolizado en su sonoridad. Oscuro. Con la luz general vemos a VERÓNICA, que sigue ocupando justamente el mismo palmo cuadrado que ocupó antes del oscuro, y sigue mirando hacia la puerta, alternando con la observación de todo a su alrededor. En realidad, es la primera vez que se encuentra en ese lugar.

VERÓNICA.- *(Cuando ya no sabe cómo mantener esa posición, ensaya ir pasando el peso del cuerpo de una pierna a otra, las manos a la espalda, en jarras... Sin atreverse a levantar la voz:).* Cuarenta y ocho minutos veintisiete, no, veintiocho segundos. Eso será porque debe de ser un lavabo cómodo, acogedor. Seguro que debe de ser más acogedor que este despacho. Ese lava-

bo tendrá de todo, claro: jacuzzi, por supuesto; internet de emergencia; teléfono, por si le pasa algo cuando está... ahí dentro. A mí, Merche no me habló del lavabo, la verdad es que tampoco me habló del despacho. A mí me dijo: “Tú sólo tienes que recoger la correspondencia y atender al teléfono”, y nada más. Entonces si no me dijo nada del despacho ni del lavabo será porque no habrá nada que decir, que no tendrá nada excepcional. *(Pausa)*. Lo que pasa es que Merche es muy discreta. Podría ser que ella no estuviera autorizada. Debe de ser eso, que ella no debe de estar autorizada a hablar del despacho ni del lavabo del señor Presidente. Lo mismo que yo a partir de este momento. Sí, sí, es así. Una no se da cuenta y empieza a ser parte de algo importante, de algo así como un macroengranaje, y cuando eso sucede, ya no se puede hablar del lavabo privado del señor Presidente. *(Pausa)*. Y me pregunto: ¿entre Merche y yo podremos hablar de ese lavabo? Pero cómo le podría hacer esa pregunta a Merche. Y si resulta que no se puede hablar de eso, entonces yo, si lo pregunto, ya estoy hablando de lo que no se puede, con lo cual demostraría a Merche que no soy una persona de confianza, cosa que no me gustaría que ella pensase de mí. Creo que lo mejor será que si se tiene que hablar del lavabo del señor Presidente, que sea ella la que saque el tema. *(Pausa breve. Mira el reloj)*. La verdad es que el hombre lleva ahí dentro lo suyo. Y en cuanto al despacho..., no sabría decir qué es, pero tiene algo que no encaja. Quizás sea la distribución de los muebles. Sí debe de ser eso. ¿Entre las atribuciones de la secretaria del Presidente, estará el de la decoración del despacho? Quizás no del todo; es decir, que no es que sea ella la encargada de decidir, pero por lo menos, alguna opinión debe de tener. Lo primero que yo haría sería cambiar los muebles, claro que para el poco tiempo que voy a estar aquí, tampoco debería importarme mucho, pero en fin, si no cambio los muebles, por lo menos redistribuirlos en el espacio, sí que podría hacerlo. *(Imitando al Presidente)*. “Vaya, Verónica - ¿la puedo llamar Vero?-, como le decía, tiene usted un gusto magnífico. Fíjese que con algunos movimientos simples ha convertido este espacio frío y desértico en un lugar realmente habita-

ble”. Bueno, en fin, sólo había que fijarse en la entrada de la luz, en la orientación cardinal para colocar la librería, en el claro-oscuro que se proyecta cuando la sombra de la lámpara del escritorio incide sobre el sillón de las visitas..., poca cosa, una pejiquera. (*Presidente*). “Vero, tengo que decirte que las reservas que hiciste a mi nombre para esta noche en el restaurante tailandés, son para nosotros dos”. Uy, uy, uy. Eso para más tarde, de momento con (*Carraspea. Voz del Presidente*). “Desde ahora quiero que sepa que es usted la nueva secretaria del Presidente. Comuníqueme a Merche que está despedida por incompetente.” Vaya, llevo unos minutos en el despacho y ya me han hecho fija. Si tuviera que quedarme un mes, acabaría el mismo Presidente por traerme los bocadillos. (*Silencio. Resopla. Está cansada de ocupar el palmo cuadrado en el centro de la escena.*). A ver si le ha dado algo y por eso no sale el hombre. No sé si llamar para ver si se encuentra bien. Claro, que si llamo y lo desconcentro..., tampoco es eso; además, yo le he dicho que de aquí no me iba a mover. Le doy diez minutos más y si no sale lo llamo. En el caso de que le hubiera dado un jamacuco, a lo mejor con mi intervención le salvo la vida, que también podría ser, que cosas más extrañas se han visto. (*Breve pausa*). Y me pregunto: ¿Cómo lo llamaría? Tendría que ser algo así como: ¿Se encuentra bien el señor Presidente? No, primero llamaría a la puerta. Pon, pon. A lo mejor ya me respondería y no sería necesario que yo le preguntara nada. Y si no me responde, entonces... ¿Está todavía ahí el señor Presidente? Cómo no va a estar, si no ha salido es que está ahí; pero a ver, son cosas que se dicen así, como cuando se quiere despertar a alguien, y se le dice: ¿estás despierto? Pues lo mismo. Pero y si no contesta, qué hago, ¿me vuelvo loca el primer día y llamo a seguridad porque el hombre va estreñado? Es que, a ver, todo lleva su tiempo, hay cosas que más y otras que menos; como hay personas que necesitan más tiempo y otras necesitan menos, y siendo todo un Presidente, ¿no va a necesitar tiempo? (*Pausa*). También, con todo lo que debe de haber ahí dentro, ¿quién va tener ganas de salir? Y salir, ¿para qué? Además, ¿no es el Presidente? No, mejor dicho, ¿no es el señor Presidente?

Pues que se tome todo el señor tiempo que necesite, que para eso se eligen los presidentes. Vamos a ver (*sonríe*), si en verdad lo que me interesa a mí más que nada es que no salga. Si sale va a empezar a mandar: (*voz del Presidente*): “¡Vamos a ver, búsqieme los informes que nos ha presentado el equipo de investigación, después las actas de las últimas reuniones, cuando acabe revíseme... la agenda para toda la semana y después...!” Que no vale la pena, lo mejor es que se quede donde está. A ver, si ahora saliera yo no podría hacer esto (*abandona el palmo cuadrado y se dirige hacia el escritorio. Se sienta e incluso se tumba*), ni tampoco esto (*ahora se sienta en un sillón y gira*). y mucho menos esto (*se tira sobre el sofá como el que se tira a la piscina. Al poco se oye un ruido procedente de más allá de la puerta y rápidamente VERÓNICA recupera la posición en el centro del escenario. Silencio. No hay cambios. VERÓNICA se ha dejado la libreta y el bolígrafo encima del escritorio. Estira su cuerpo para recuperarlos pero no llega. Mira hacia la puerta temiendo que salga el Presidente. Al final decide emprender una rapidísima carrera hasta donde dejó los objetos, y con la misma velocidad regresa a su limitado espacio a esperar*). Falsa alarma. Pero alarma alarma. Nadie sabe lo que puede pasar como salga de verdad. Mientras sólo sea recoger la correspondencia y descolgar el teléfono, vamos bien. Pero y si me pide: “*Vete al ordenador y abre una hoja de cálculo.*” La cabeza me abre a mí. O que me diga, tradúzcame esta carta al inglés. En el mejor de los casos podría escribirle una canción de los Beatles, en la transcripción fonética mía de los momentos más... personales. No. Decididamente que no salga. Total, conque se pase unas siete horas en el lavabo un presidente, tampoco pasa nada, vamos, es lo más normal de este mundo. (*Silencio*). Voy a llamar a Merche. Estoy convencida. La llamo y salgo de dudas. Tengo que saber si es normal que este hombre se encierre en el lavabo. (*Continúa inmóvil*). Pero desde dónde la llamo, ¿desde mi teléfono móvil o desde el fijo del despacho? Si llamo desde el teléfono fijo, seguro que mi llamada quedará registrada en algún sitio; pero eso a mí me da igual. Cuidado, no debería darme igual, porque pudiera ser

que este teléfono estuviera pinchado; bueno, seguro que lo está, por lo tanto alguien escuchará mi voz, se fijará en mí, quizás hasta me espíen, se inmiscuyan en mi vida privada, tenga un coche vigilándome a la puerta de mi casa, y lo peor de todo, tanto si utilizo un teléfono como el otro, tendré que desplazarme hasta el escritorio del señor Presidente o hasta mi bolso. Un poco de valor y adelante. Lo importante es que la llame. Si me dice que todo es normal, que cada mañana se encierra en el lavabo pues porque no quiere ver a nadie o porque se dedica a jugar con la *Gameboy*, o porque le gusta gobernar desde allí, o sin más, porque padece, con todo el derecho del mundo, de trastornos intestinales, entonces yo ya no me preocupo. Si suena el teléfono, descuelgo; si traen correspondencia, la recojo. Pero ¿y si Merche me dice que el encierro no es normal?, entonces..., entonces llamo a seguridad. Eso es. Llamo a seguridad y ya se encargaran ellos. Sin embargo, los de seguridad puede que lleguen tarde, puede que ahora mismo ya sea tarde, puede, incluso, que le haya dado un ataque al corazón o que haya sido asesinado. De todas maneras, un Presidente está bien informado, bien asesorado sobre los peligros que le acechan. A mí no me extrañaría nada que esa puerta condujera a un pasillo secreto y ese pasillo a unas escaleras y esas escaleras bajaran hasta una puerta blindada, después a un ascensor, se sigue bajando, te encuentras con otro pasillo y al final otra puerta, que al abrirse nos descubre un refugio anti-nuclear. En fin, que para ir al lavabo tampoco se precisa tanta protección ni tanto aislamiento. (*Transición*). Un momento, un momento. Dios mío qué estoy pensando, ¡qué estoy pensando! Esto puede que vaya más allá. Bueno, bueno, no quiero..., no quiero ni pensar en eso..., pero tengo que reconocer que encaja, que lo estoy viendo claro. A ver si puedo racionalizarlo. O sea, es como si el Presidente estuviera informado de un ataque, pero no de cualquier ataque, sino de un ataque nuclear, sin embargo, para que no cunda el pánico, nadie dice nada, ni él ni las noticias, ni tampoco Merche; lo sabe quien lo tiene que saber y nadie más. También Merche, como secretaria personal del Presidente está informada pero no dice nada, con lo discreta que es...,

sólo finge encontrarse enferma para no venir, sin importarle que a los demás nos empiecen a caer bombas. ¿No será...? ¿No será que ella también está ahí dentro, con el Presidente, bien protegida de los bombazos? Con razón nunca me había hablado del lavabo privado del Presidente. Y yo aquí clavada, echando raíces en un palmo cuadrado en el suelo del despacho del Presi. Además, en un caso como éste ¿dónde apuntarían las primeras bombas? Efectivamente, sobre este tejado para crear un vacío de poder. Ha llegado el momento de ampliar mi espacio, tanto físico como vital.

Silencio en el que VERÓNICA se llena de valor para poco a poco abrirse al espacio del despacho. Se dirige hacia su bolso, extrae el teléfono, regresa al punto de siempre y marca.

¿Merche? Hola, guapa. Soy Vero. ¿Cómo estás? ¿Cómo te encuentras? ¿Qué me dices? Pero Merche, si tú me dijiste que a lo mejor podría ser hasta una semana. Bueno, mujer, aunque mi puesto está en la portería, de bedela, sabes que puedes contar conmigo. A ver, si yo de momento he hecho todo lo que me ha dicho; o sea que con mis conocimientos he salido airoso, y además, tú ya sabes que acabé mi Formación Profesional en el instituto. *(Pausa breve)*. Así que sólo un día. No, si yo me hago cargo, aunque tú no tienes que hacerles mucho caso a los médicos. Como te creas todo lo que te digan vas lista. Entonces no te han dado la baja. Claro, tú pensabas que sí por la fiebre. Mira que estas cosas a veces se convierten en una gripe o en una neumonía. Y si se pasa al aparato digestivo puede aparecer *el helicobacter pilory*. ¿Tú sabes lo que *el helicobacter pilory*? Pues si del aparato digestivo se te pasa al hígado, ya sabrás qué es; puede crearte un... No es por asustarte, Merche, es para que estés informada y para que le digas a tu médico todo lo que te puede pasar si no te da la baja. Si hay fiebre, cómo puede ser eso. ¿Cuándo has visto tú una fiebre psicológica? Mira, Merche, tú te metes en la cama, como si te fueras a

dormir y no salgas a la calle. Déjate de arreglarte para engañar a la gripe, ¿como diciéndole a ver quién puede más? Eso es lo peor que puedes hacer. Métete en la cama, hazme caso, que por menos... ¿Cómo te lo diría? Por supuesto, tu cuerpo tiene que reaccionar, tiene que enfrentarse a los virus para hacerse inmune; pero si no nos metemos en la cama, así no hay forma. Que sí, que sí, que ya me haré a la idea. Espera, espera. ¿No será que tienes miedo de que te quite el puesto? Yo te lo digo porque me lo estaba pareciendo. Escucha una cosa, ¿este día en la Presidencia se me reconocerá en mi nómina, no es así? ¡Ah, oye! Antes de que se me olvide. Si tengo que llamar por teléfono, puedo utilizar el del despacho, ¿verdad? Bueno, ya te lo imaginas, pero te lo pregunto para no molestar. Sí, te quería decir algo más, lo que pasa es que ahora no me acuerdo. A lo mejor me acordaré más tarde. Sí, eso haré, si después me acuerdo ya te llamaré. Venga, un beso y que te mejores. ¡Merche! Espera no cuelgues. Casi se me pasa. Te quería agradecer que te acordaras de mí para sustituirte. De nada, de nada. Si me acuerdo de eso otro, ya te llamaré. Un beso, Merche. (*Cuelga*). Qué estúpida que soy. Es que yo sola he caído en mi trampa. Sólo tenía que ser algo más modesta. A ver ¿cómo le digo que el Presidente no ha salido del lavabo en toda la mañana si ya le he dicho que hasta ahora he hecho todo lo que me ha mandado? Qué pensaría ella de mí, por lo pronto que soy una mentirosa. No va a ver más remedio que aguantar las bombas que vayan cayendo. También yo podía haber estado haciendo lo que me hubiera mandado mientras él estaba en el lavabo, claro. Lo malo sería que ella estuviera ahí dentro con el Presi, ahí dentro y desternillándose, y es que yo sólo tengo el número de su móvil, con lo cual puede estar en cualquier sitio. Estúpida perdida. Pero es que me ha enrabiado, sobre todo cuando le he propuesto lo de la cama y me ha contestado: “Si por un poco de fiebre ya nos vamos metiendo en la cama...” Ésta no ha ido al médico porque teme que le dé la baja. Me tiene miedo. En fin, quizás la llame después.

Se oye el golpetazo de una puerta metálica. Silencio.

No lo puedo evitar, siempre hay algún momento en el que se abre un paréntesis. No sabes cómo, pero acabas entrando y a continuación oyes el portazo, entonces comprendes que el paréntesis se ha cerrado y te ha atrapado.

Largo silencio. A los ojos del espectador todo se ha congelado, excepto la mirada de VERÓNICA.

También me dijo Merche que a las diez y media ella siempre le pide al Presidente un bocadillo de salchichón y una cerveza. Bueno, eso yo ya lo sabía por el ordenanza. Pero Merche tampoco me dijo qué es lo que ella desayuna ni dónde. En la portería es sencillo, Ramón y yo nos traemos nuestros bocadillos y nos vamos turnando para comérmolos. Hoy yo no me he traído nada. Me parecía que entrar en la Presidencia con el bocadillo no era lo más elegante. Si al menos, antes de encerrarse en el lavabo me hubiera dejado alguna faena...

Seguro que si alguien me pidiera consejo, alguien en mis mismas circunstancias, aquí, en el despacho del señor Presidente, le diría que aunque se trate de sólo un día, no se puede perder esta oportunidad. ¿Oportunidad?, inquiriría. Y yo le contestaría: oportunidad de existir. Veamos, en el caso de que no caiga ninguna bomba, o sea, en el caso de que el pobre hombre hubiese tenido la necesidad imperiosa, necesidad que todavía le oprime hasta el punto de que no puede salir y, por lo tanto, no puede ordenar nada, alguien en mi lugar debería dejar constancia de su paso por este despacho, eso es. Si me hubiera encomendado algún trabajo a mi alcance, lo hubiera realizado lo mejor que yo hubiera sabido, pero es que no me ha dicho qué es lo que puedo hacer. No importa. A alguien como yo le diría que empezara sin aviso y sin permiso a expresar-

se, a dejar las huellas que le delaten como un ser humano que también tiene algo que decir a la humanidad, que necesita ser oído porque es mucho lo que tiene que decir. Tampoco es cuestión de dejarle al pobre Presi el despacho lleno de graffittis. *(Pausa)*. Lo primero, un bocadillo de salchichón y una cerveza. Eso es, lo pido, lo dejo encima de su escritorio, si sale, que se lo coma y si no sale, me lo como yo. Pero ¿y si sale cuando yo ya he empezado a comérmelo? Eso sí que sería dejar huella. Pues si me descubre con las manos en el bocadillo, le diré que éste es el mío, que si él quiere uno, que ahora mismo se lo pido. Exactamente. Veamos, el teléfono.

Descuelga y marca.

Aquí Presidencia. Por favor, un bocadillo de salchichón y una cerveza. Que ¿quién soy? En estos momentos y para todo el día soy la secretaria del señor Presidente. Cómo me ibas a ver en la portería si llevo toda la mañana trabajando en la Presidencia. Mira, no puedo perder tiempo, tengo que realizar unas traducciones y preparar un par de videoconferencias. Por favor, lo más rápidamente posible *(cuelga)*.

Vamos allá. *(Al tiempo que habla, observa y anota en su libreta todo aquello que le desagrade)*. A los treinta y nueve años, Verónica Aguilera dejó constancia de sus cualidades organizadoras cuando entró como secretaria; no, cuando entró como técnica en administración; a ver, como técnica superior en administraciones y organizaciones de gobierno y... y régimen de supraempresas. Sí, eso. Aquel año su actividad laboral e intelectual quedó reflejada en el crecimiento constatable del producto interior bruto del país, en la renta per capita y en las tres concesiones que recayeron de los premios Nobel: Economía, Literatura y... y Turismo. Fue un año irrepetible. Las diferentes potencias europeas y la norteamericana, se la disputaban para que fuese ella quien con el látigo, no, con la batuta en la mano concertase los caminos idóneos para so-

lucionar el terrible problema del hambre en el mundo, de los niños esclavizados, de la energía y de las canteras en los equipos de fútbol. Ella, con la tenacidad de los elegidos, se marcó las metas más altas. Para ello tuvo que sufrir las penurias de la incompreensión de sus semejantes, las envidias de los ineptos, las... las rémoras de los interesados, las pullas de la Oposición, los falsos amoríos que la nefanda prensa se encargó de difundir; sin embargo, como la razón siempre asiste a los perseverantes...

Llaman a la puerta. Ella sale y regresa con el bocadillo y la cerveza, que dejará encima del escritorio. Después se aleja para observar.

En fin, no está mal la lista. Lo malo sería que no me diera tiempo, que él saliera y empezara a mandar, entonces, mi gozo en un pozo. Como en el fondo todo es cuestión de tiempo, démonos prisa. Cuidado, cuidado. Es mi primer día, lo más probable es que también sea mi único día. Lo mejor sería que yo no tocara ese bocadillo. Total, por una mañana sin comer no me va a pasar nada. ¿Y la eficiencia que demostraría que cuando saliera del lavabo se encontrara preparado el tentempié matutino? Aunque estoy pensando que lo mejor hubiera sido un arroz hervido.

Yo voy a ir haciendo lo mío (*lee lo que anotó en su libreta*): flores; tabaco; algunos licores, que aquí no hay ni para invitar a las visitas; revistas, dónde se ha visto que un despacho que se precie no tenga revistas. Pero sobre todo, flores, muchas flores. Venga, una llamada más.

Se dirige al teléfono para realizar la llamada.

Aquí Presidencia. Vamos a ver, con el nivel más alto de todas las urgencias y en un tiempo récord, necesitamos un surtido de flores y plantas variadas de interior; también una selección

de revistas de economía, equitación, náutica y alguna revista de la prensa rosa, que luego resulta que son las más solicitadas. Por supuesto tabaco y licores para surtir un mueble bar. Venga, ya lo estoy esperando.

Cuelga. Largo silencio. Estremecimiento.

Ahora mismo, justo cuando he colgado el teléfono he sentido un acaloramiento, no, mal dicho, lo que he sentido era y todavía lo siento: entusiasmo. Es el momento en el que vuelve a abrirse la puerta del paréntesis. Justo en estos momentos soy mucho más libre que hace apenas unos segundos. Si no estuviera ese hombre en el lavabo, me iría a mirar al espejo. Seguro que he ganado color, lo sé porque me lo estoy notando en las mejillas. Es que los paréntesis son grises. No, no es exacto. Los paréntesis te impregnan de un gris que tiende hacia la invisibilidad. Tengo que aprender a verbalizar mis sensaciones. Yo no puedo ir un día al médico y decirle, por ejemplo: “Mire, doctor, he venido porque en estos momentos me ha apresado un paréntesis.” Ni tampoco puedo entrar en una consulta y después de que sin mirarme me pregunte ¿qué me pasa?, decirle: “Hoy estoy, si se fija bien en mí, algo así como gris.” Claro que la sorpresa sería mía si me dijera: “Mirándola bien, es un gris indefinido. ¿Se ha sentido últimamente transparente?” Entonces yo me animaría y añadiría: *(con histrionismo psicoanalítico)*. “Más que transparente, me siento en ocasiones, invisible; aunque hoy no del todo, como usted puede apreciar. Algunas mañanas cuando me levanto me parece que nadie me va a poder ver. Ayer sin ir más lejos no fui capaz de nada. Era tan invisible que ni siquiera pude venir a la consulta. Preferí esperar a hoy para que usted me pudiera ver un poquito más. Pero si usted me ausculta y me hace las pruebas pertinentes, sabrá que soy, más que gris, soy tremendamente gris, radicalmente gris, biológicamente gris, sexualmente gris. No hay en ninguna ciudad del mundo nadie más gris que yo; por lo

tanto, la ciencia, incluso las autoridades deberían comprender mi caso. Si la medicina no puede darme un poco de corporeidad, he pensado dirigirme a las autoridades para que me concedan algún tipo de ayuda, para que me consideren un caso de discriminación positiva. Fíjese doctor si seré gris, que en mi primer día en la escuela de las monjas, cuando a sor Juana le dije que yo no tenía esa libreta que habían sacado mis compañeras, la monja extrajo de un cajón más libretas y empezó a repartirlas entre las recién llegadas como yo; pero a mí no me la dio; lo cual, en aquel momento todavía me podía sorprender, así que se lo volví a recordar, pero ella me miró como si lo hiciera por primera vez y acto seguido me dio dos pellizcos al tiempo que me decía que si no tenía libreta por qué no se la había pedido. Y así, a pellizcos, me fui acostumbrando a mi color. También, para que usted se vaya aproximando a mis circunstancias, y si todavía me quiere escuchar, podría recordar algunos sucesos cotidianos que poco a poco me han ido definiendo. De joven, cuando veía que mis amigas se disponían a ir a la discoteca, supongo que debido a mi poca pigmentación, ninguna, sin mala intención, reparaba en contar conmigo; por lo tanto tenía que aparecer como por casualidad para ir con ellas. Entrábamos -sin tener yo jamás ningún problema con los porteros por la edad, precisamente porque nunca se percataron de mi presencia-, pues eso, entrábamos y nos acercábamos a los amigos. Recuerdo que yo siempre tenía que esforzarme para que ellos me vieran, y no porque fuera fea, que como usted sabrá apreciar en mí, puedo considerarme una mujer de buen ver, cuando eso es posible. Como le decía, cuando conseguía que los chicos me vieran, harto difícil en mi natural transparencia, ya de por sí cenicienta y más en una discoteca, ellos, o se extrañaban y me miraban como si no me conocieran, o con mucha buena voluntad, en el mejor de los casos, como si algo en mí les recordase a alguien que hubiesen visto alguna vez; y yo, sin más remedio, acababa cada tarde y cada noche por volverme a presentar. Soy, no tengo más que reconocerlo, un ser tan borroso, que no sabe usted la de veces que he tenido que parar los pies en la sala de espera porque se habían empeñado los pacientes, en

que la persona que tenía el treinta y seis, o sea, yo, no había venido. Pero como se puede comprender, no soy capaz de guardarle rencor a nadie, porque, en fin, con una incorporeidad como la mía he desarrollado mucha comprensión hacia los demás, la misma comprensión que le pido a usted, o le pediría a las autoridades en caso de que la medicina no fuera capaz de... Para completar mi historial, déjeme decir que mi cualidad grisácea no se limita a mi persona física, sino que se extiende en ocasiones a algunas de mis actividades: a mis profesores se les traspapelaban mis exámenes y mis trabajos se perdían. Y qué le puedo contar sobre los objetos que he prestado, con decirle que no recuerdo uno solo que me hubiera sido devuelto, irá completando mi perfil. Si incluso a mí misma me cuesta encontrar mis cosas, sobre todo las más personales, con eso queda ya dicho todo. Antes de marcharme de su consulta, tengo que insistirle en que mi grisácea identidad la he perfeccionado tanto que como ya le he comentado, he logrado en ocasiones ser invisible. Se lo juro, tan invisible como el aire. Pero, claro, cuando me detengo a reflexionar, me temo que eso, más que una virtud, sea un problema, y por lo tanto, más que preocuparme, me aterra.”

Inesperadamente se oye el terrible ruido de los motores de los bombarderos y las sirenas de aviso. VERÓNICA se tira al suelo y adquiere la postura fetal. Estallido de bombas, pero inopinadamente, a continuación, explosión de silencio. Muy lentamente volverá a recuperar la posición anterior y continuará hablando como si jamás hubiera sucedido nada.

Me he olvidado pedir lo más importante, qué fallo. Es que ahora no voy a volver a llamar. Me he olvidado pedir la *Teleytú*, la *Teleytú*, la revista de la tele. Voy a pensar que siendo algo tan importante, quien haya ido a buscar el surtido de revistas, la habrá incluido. Vamos, a mí no me parece descabellado. Si a mí me hubieran dicho, vete al quiosco y te traes algunas revistas para

ofrecer..., para ofrecer... “calor” a quien venga, estoy totalmente segura de que la *Teleytú* me la traigo.

¿Cuánto pueden tardar? No demasiado. Tengo que tener este despacho cambiado antes de que traigan los pedidos. (*Empieza a cambiar de lugar los muebles*). Es como si ya lo tuviera pendiente conmigo misma. Desde que he llegado lo he visto claro, he visto que esto no está bien distribuido. Qué cosa más sencilla. El provecho que se le puede sacar a un espacio sólo redistribuyendo los muebles. Vamos a ver, el escritorio..., sí, aquí mucho mejor. Qué poco gusto, la verdad. ¿Cómo puede ser eso la mesa de un presidente si soy capaz de arrastrarla yo sola. El escritorio de un presidente debe ser la máxima expresión de la solidez. Lo que sugieran los objetos define a la persona que los utiliza. ¿Cómo era aquello de los japoneses? Algo así como *güesabi*. No me acuerdo cómo lo llamaban, pero venía a ser que los objetos se impregnan de las personas que los han utilizado; por lo tanto, ya que no me veo con la autoridad suficiente como para comprar otros muebles, por lo menos les voy a dar a éstos una vida nueva, lo cual no es fácil si sólo tengo un momento para mover las piezas de mi alrededor y con ello intentar convencer a la persona que está en el lavabo, de que soy algo especial, de que valgo un imperio y de que a lo mejor el mundo podría fijarse en mí. Los sillones, me parece que los mueva como los mueva no tienen remedio. Bueno, y qué. Hay que intentarlo, hay que intentarlo y no se hable más, que hablar es perder el tiempo. Vamos allá. Las sillas también. Pero qué pocas sillas. O sea, que el Presidente recibe como máximo de dos en dos; así que si vienen más se quedan de pie. Aquí la delegación birmana, hemos venido veinticinco. Pues no, de dos en dos lo que queráis, pero más, ni hablar; o bien, quien quiera pasar que pase, pero se queda de pie.

Si sólo me dieran un día más..., si me llamara Merche y me dijera que se tomaba un día más, me haría feliz. Lo primero, que posiblemente sea lo más necesario, pintar. Esto no tiene

presencia ninguna. En una mañana como la de hoy, que parece tranquila, esto lo cambio que no lo reconoce ni la misma Merche cuando regresara.

Llaman a la puerta. Sale y regresa con plantas que irá introduciendo en la escena en distintas entradas mientras sigue con su monólogo, hasta que el escenario se convierta en lo más parecido a una selva doméstica.

Eficacia. Bien. Es así y no hay más. Basta decir: “Aquí la Presidencia”, ni siquiera: “Pide el Presidente...”, no es necesario. Con la palabra mágica..., y toma, aquí lo tienes. No sé si me voy a pasar. No quisiera recargar el despacho. Vamos a ver... Sobre todo equilibrio y armonía. Las flores, las plantas, como todo, tienen su punto justo, sólo basta una flor de más, una hojita de más, para que toda la decoración se eche a perder. Pero claro, no olvidemos que una flor de menos, una hojita de menos, es una verdadera catástrofe. Por lo tanto, no hay más remedio que ajustarse a lo que el espacio pide. Y a mí, este espacio, me pide más ambientación, más ornamentación, esa es la palabra: ornamentación; pero sin caer en lo suntuoso, precisamente eso sería la desarmonía. Veamos cómo va quedando... Una más, eso es, una más en ese rinconcito y el Presidente me asciende. Me parece que esa planta, la de la mesa me la voy a llevar a casa. A mí, en la salita me va a quedar mucho mejor..., con mi cortinaje y las puertas, sobre todo por la tarde, cuando entra el sol, y tamizado por el color vaporoso de mis cortinas, le va a dar esa planta un aire como de irrealidad, como de exotismo, que aquí, de ninguna manera, la pongas como la pongas, tendrá jamás.

(Pasea). Es que ya parece otro lugar. Dónde va a parar. Ay, como salga ahora, como salga ahora no va a dar crédito. En fin señor Presidente, qué menos para su despacho, para el despacho de quien nos representa a todos. ¿Sabe señor Presidente qué le pondría yo a este despacho

pero no se lo voy a poner porque no me va a dar tiempo? Pues no. Un biombo, sí, pero no. Tampoco una alfombra del Gran Bazar de Estambul. Lo que yo le pondría si tuviera las manos libres y el tiempo para ello, sería una pecera; pero no una pecera así como son las peceras normales, como las que tiene cualquier ciudadano en su casa. Nada de eso. Fíjese en esta pared (*en la cuarta pared y mirando al patio de butacas*), imagínese que en vez de pared es una superficie líquida y vertical, un límite del despacho pero transparente, tanto como yo algunos días. ¿Se lo imagina Presi? Ahora un pececito negro que se refugia porque lo persigue un grandullón, en el recoveco de esa roca; después nos fijamos en el que sólo se le ven los ojos como dos perlitas negras porque está enterrado en la arena del fondo, que lo hace para pasar desapercibido de los peces más plastas. Y sin esperarlo, atraviesa el acuario un banco de peces diminutos de un azul eléctrico, que realizan todos a la vez el mismo movimiento. Fíjese en ese pez cabezón cómo se acerca, se va a chocar, que se va a chocar, ¿no se lo dije? Sabía usted que el pez ángel no puede convivir con los tetras cardenales ni con los neones rojos, porque se los come. Si es que hay peces, que como las personas, van con muy malas intenciones. Hay que encontrar siempre el punto de equilibrio, la armonía. Pero en fin, no me diga que no se lo imagina, ¿verdad? Puede haber algo más relajante que mirar una pecera. (*Silencio*). En cada despacho, una pecera; en cada sala de espera, una pecera, y cuanto más grande, mejor. Cuando salga de aquí, si me da tiempo, quiero pasar a pedir un presupuesto para la que yo quiero instalar en mi salita. La verdad es que quiero construir con mis manos, mi acuario. No tengo ni idea, pero en el escaparate de esa tienda, un letrero dice: “Móntese su propio acuario. Nosotros le indicamos cómo.” Y a eso voy a ir, a que me lo indiquen. No será tan aparatoso como el que yo pondría aquí, pero le diré que tampoco será pequeño. Si usted pone delante de alguien un televisor y al ladito de éste una pecera, le aseguro que los ojos se le irán a la pecera. Y es por eso, en parte, por lo que yo quiero una pecera, para irme desenganchando poco a poco de la televisión. ¿Qué le parece, Presi? Es sólo pensarlo y ya me

parece que estoy en un yacuzzi como el que usted debe de tener ahí dentro y por eso no sale. A no ser que ahí dentro tenga además del yacuzzi un acuario. Si es así, se comprende que pueda pasarse el día entero.

Silencio. En el foro, por un efecto luminoso y sonoro, se reproduce el ascenso de las burbujas, así como el sonido de estas al abrirse paso en el agua.

¿Se lo imagina Presi? Un día normal, o mejor, un domingo normal, como todos los domingos, en ese momento en el que parece que han dado la salida al día y todo se pone en marcha con un movimiento que no se ve pero del que se sabe que están girando sus ruedecillas. El televisor de la vecina de la derecha percibiéndolo a la espalda, la música de los de la izquierda erizándote las neuronas, el vecino picópata estampando martillazos sobre las paredes previamente talastradas, y hasta del taller de los chinos, en el subsuelo más inhabitable, provienen quejidos precisos, matemáticos, de sus máquinas de tejer, que no han cesado en las últimas cincuenta y nueve mil horas, entonces es el momento. Has desayunado y te has acomodado, todavía con el pijama tibio de la cama; si quieres puedes sacar galletas o frutos secos, cualquier cosa para picar y al fin, los ojos se humedecen ante la visión líquida de tu pecera uno por sesenta por cuarenta y tres. ¿Qué me dice Presi? ¿Es o no es tentador? Y ahora no es necesario que le diga lo bien que funcionaría el mundo si cada día durante unos instantes nos pusiéramos todos a contemplar el movimiento de los peces. Tampoco será necesario que conjeturemos sobre la metáfora que representa una pecera, que si el cristal es o no es una frontera, que si quiénes son los peces, que si los de dentro o los de fuera; que si quién mira a quien... Presi, le sugiero que lo estudien para la Seguridad Social. Usted ya me entiende.

Silencio en el que sólo se oye el sonido de las burbujas contra el agua, y que se romperá cuando llamen a la puerta. Ella después de salir de su ensimismamiento, en el que de ninguna manera habrá hecho eso de la boca como queriendo imitar a los peces, saldrá y regresará con una caja llena de botellas y cajetillas de tabaco que irá distribuyendo como mejor entienda.

Se va completando. Me va a odiar, Merche me va a odiar cuando regrese y vea que esto se ha convertido en..., cómo se llamaba ese lugar idílico en el que los peregrinos o los pastores descansaban y vivían sus historias de amor; mira que el profesor lo repitió veces. Al final le voy a tener que dar la razón. “No sé por qué os explico nada, si es como si le hablara a las paredes.” Era algo que al principio parecía un insulto, pero cuando se traducía tenía el sentido que el profesor quería que entendiéramos. Se llame como quiera, era un lugar en la naturaleza, era la máxima expresión de la armonía, de la paz... Pues eso, que Merche me va a odiar, pero lo que importa es que al señor Presidente le guste, que aunque sea un solo día el tiempo que voy a estar aquí, quede mi huella y mi recuerdo. Que sepa que soy una persona válida y que puedo aportar algo diferente al despacho, al despacho y, por ende, a las relaciones nacionales e internacionales, claro. Ahora sólo quedan las revistas para tener todo completo.

Mientras tanto, ahí está el bocadillo y la cerveza, qué pena da siempre desperdiciar la comida. No sé si cortar un poquito, que no se note, por si acaso. *(Se acerca al bocadillo y lo manosea, pero lo deja como estaba).*

¿Qué habrá pensado el señor Presidente de mí cuando me ha visto y me ha saludado? Parecía que ya estuviese informado de la ausencia de Merche. Pero qué habrá pensado. ¿Habrá reconocido que yo soy la bedela? ¿Es malo o es bueno que sepa quién soy? También es una gran ventaja que yo trabaje en esta casa. Es una gran ventaja porque si algo de mi colaboración en su despacho le gustase, sabe que puede volver a contar conmigo, que sólo tiene que acercarse a la portería y decírmelo. En estos momentos me siento como un hijo de famoso. Que si el padre o la

madre actores o cantantes, los hijos también. Después dicen en las entrevistas: “En mi caso, el hecho de que mi padre sea quien es, más que beneficiarme me ha perjudicado, porque he tenido que demostrar más que cualquier otro...” Sí, como si cualquier otro hubiera podido tener tus oportunidades. Pues así me siento yo. Quién puede saber si cualquier día, después de que el Presi haya visto mi obra en el despacho, y todo en un solo día, al verme por aquí, me pudiera proponer..., pues, no sé... “Oye, Vero, a ver si me puedes acompañar la próxima semana a... a Israel”, por ejemplo. En cambio, nunca se lo propondrían a un transeúnte con el que el Presidente pudiera toparse en la calle. Obviamente, en ese sentido soy una privilegiada. *(Breve pausa)*. Bueno, pues he cambiado de sitio los muebles, he añadido las plantas, ya tenemos bebida y tabaco; sólo faltan las revistas y ya puede empezar la fiesta.

Suena el teléfono. Después de cierta incertidumbre, lo descuelga.

Aquí Presidencia. Sí. Sí. Humm... Ps... Pues sí. *(Chasquea la lengua. Asiente. Frunce el ceño. Vuelve el chasquido.)*. Bueno, no se preocupe... Me hago cargo. Mañana... No, no, no. De ninguna... Por supuesto, claro. Adiós, adiós. *(Cuelga el teléfono y al mismo tiempo llaman a la puerta. Sale y regresa con un fajo de revistas que irá desgranando por los muebles. Sin embargo, antes de que pueda distribuirlas, vuelve a sonar el teléfono.)*.

Presidencia. Hello, hello. No puede atenderlo ahora, quizás más tarde... Yo soy Verónica. ¿Quién es usted? Pues resulta que Merche está indispuesta y por eso... Si prefiere contárselo a ella, usted es libre, pero de todas maneras yo soy en estos momentos la se... Ah, ya. Ya, ya. Puede expresarse en inglés si lo desea, pero a lo mejor yo... Sí, sí, siéntase cómodo, siga hablando en in... ¿De qué embajada me ha dicho...? Que ¿de-qué-em-ba-ja-da? Creo que lo mejor,

más que nada es porque ella ya sabe de qué va, pues que lo mejor sería que esperase a que ella regresara. A usted. Goodbye. Adiós.

Llaman a la puerta. Sale. Regresará con la correspondencia.

¿Y todas estas cartas las tiene que abrir la secretaria, o sea, yo? Es el macroengranaje, ese macroengranaje en el que cuando entras tienes que seguir las normas. Éste es un puesto de responsabilidad; si hay que leerlas, las leo, al mismo tiempo me entero de cómo está el mundo. ¿Se puede enfadar Merche si le leo sus cartas? Ahora mismo, ¿qué tengo que hacer, las leo o no las leo? (*Creyendo haber encontrado la solución*). Las cartas pueden quedarse ahí, al ladito del bocadillo y la cerveza. Total, qué importancia pueden tener... Si de verdad fuese algo importante no vendría en forma de carta, vamos, cómo iba a confiar alguien en el correo para que llegasen a tiempo. De todas formas las voy a dejar ahí encima y si después sale el Presi, que las abra él, porque a mí me dijo Merche recoger la correspondencia, no abrirla y leerla. Ante todo, discreción.

Vayamos a las revistas. Ésta también está bien; aunque no la había pedido, las de decoración siempre visten. La de la tele..., la de la tele no está. No sé si debería pedirla expresamente. De momento a mí me es imprescindible, por lo menos hasta que me haga mi acuario. ¿Ahora cómo se puede saber lo que puedo ver esta noche? La semana pasada fue..., la serie sobre los bomberos empezó a las veintidós treinta, aproximadamente, y eso fue en el Canal Uno. A la misma hora, en el Canal Dos, si mal no recuerdo... fútbol. En el Tres, “Depravaciones”, en el Canal Cuatro, reposiciones. En el Cinco, la prensa rosa. Mañana, a la misma hora en el Uno toca el debate; en el Dos, La película policíaca; en el Tres, la serie americana de los juicios; en el Cuatro, los temas del corazón; y en el Cinco, el concurso. Pasado mañana. Un momento, un

momento. ¿Para qué quiero yo la revista de la tele si me sé de memoria todo lo que puedo ver? *(Pausa)*. ¿Para qué la quiero? *(Perpleja)*. ¿Me tengo que alegrar por mi privilegiada memoria y me presento a los concursos televisivos, como los que se saben de memoria las alineaciones futbolísticas, o bien, me asusto porque mi vida se ha reducido a memorizar la mayor cochambre que ha disfrazado el género humano?

Silencio.

Presidente, en nombre de todos los que usted representa, exijo una respuesta. *(Pausa)*. ¿Le exijo una respuesta y usted sólo me ofrece el silencio presidencial? ¿Dónde ha ido a parar nuestra civilización, tantos muertos en las guerras y las promesas de las campañas electorales? No, no me ha salido bien. Para que sea convincente, primero debo convencerme yo. Probemos una vez más. Presidente *(pausa retórica)*. ¿Dónde han ido a parar los muertos de nuestras campañas electorales? No, es que no era eso. ¿Cómo era? Ah, sí. Presidente. Con algo más de convencimiento. ¡Presidente! *(Ruido detrás de la puerta. Vuelve corriendo al recuadro del inicio. La luz volverá a salir de la puerta al tiempo que descenderá en el resto de la escena.)*.

¿No le dije que de aquí no me movería?

Silencio. Lenta oscuridad a la que le sucederá la lenta iluminación general.

Al Presidente... le ha gustado. El hombre ha salido y ha recorrido todo. Se ha sentado en el sillón y en una silla. Ha tocado algunas plantas y ha dicho: "Increíble, parecen de plástico; la naturaleza imita al hombre". Le he dicho que abriera alguna puerta y se ha encontrado con licores y tabaco. Siento no haberle podido hablar del acuario, pero el hombre tenía prisa, por lo visto

lo estaban esperando. Si mañana no viniera Merche, como ahora ya hemos roto el hielo, se lo podría contar, o bien, cuando mañana entre, salgo de prisa de la portería y se lo explico. También le he enseñado la correspondencia. Ha ojeado los remites y ha dejado las cartas junto al bocado sin darles mayor importancia. No sé si ha mirado el bocado o el bocado lo ha mirado a él, pero ninguno ha dicho nada. Solamente antes de salir, ya en la puerta se ha girado y me ha dicho: “Debe de ser usted una persona muy equilibrada”. Y después se ha marchado. Se ha marchado y yo he comprendido. He comprendido, a mi pesar, que esta estancia no era su despacho, que era la antesala de su despacho. He comprendido que detrás de esa puerta no está el lavabo, sino el verdadero despacho del señor Presidente, y entonces en mi interior se ha vuelto a abrir el paréntesis; esta vez, además de gris, era silencioso. (*Pausa*). Cuando he podido recuperar mi voz interior, me he preguntado: entonces ¿dónde estará el lavabo del Presidente? Después de recorrer éste y su despacho, no he sido capaz de averiguarlo; por lo tanto, el lavabo del señor Presidente, para mí sigue resultando inefable. ¿Resultará también inefable para Merche? ¿Necesitarán lavabo los presidentes? Silencio (*efectivamente, se cumple*). Me ha quedado un poso extraño, interrogativo y una perplejidad rancia porque enlaza con cosas más muy lejanas. Me he preguntado que por qué me quedo en la antesala de todo, que por qué cuando me ilusiono, sin embargo, siempre hay un momento en el que viene un portazo de realidad... (*Silencio*).

El señor Presidente se ha marchado y yo todavía estoy aquí, en el mismo espacio y casi en el mismo tiempo. Me sería muy fácil convencerme de que acabo de llegar, de que todo cuanto me rodea y el lugar que ocupa, estuvo así desde antes de mi llegada. De que no ha pasado nada. De la misma manera que suponía que esto era el despacho del Presidente, puedo pensar que aquí no hay ninguna pecera, que no soy un pez solo que ya no sabe qué inventarse, o sencillamente, que no soy el Presidente. (*Mira el reloj de pulsera. Silencio.*). Me urge la última prueba, una prueba que me confirme por lo menos dónde estoy. Yo quería pasar por aquella tienda que anun-

cia acuarios, incluso personalizadas, pero si salgo ahora y voy caminando, o bien me espero a que sea mi hora de salida, no llegaré a tiempo. Creo que tengo todavía mi último recurso, es más, creo que tengo derecho a mi último recurso. Podría decirme que soy Vero, y que a mi familia y a mí, por ejemplo, no nos toma el pelo nadie, o que no nos gusta... rendirnos o que somos tozudos, perseverantes... Yo pretendía dejar huella de mi breve estancia, pero tengo dudas de haberlo conseguido. Sí, ya sé que le ha gustado, pero yo me refiero a otra cosa. Dicho de una manera clara: sigo teniendo necesidad de insistir en ello. Desde que se ha marchado el Presi me ronda una idea; no se trata de nada grandilocuente, o sea, que ni voy a quemar este edificio, ni me voy a suicidar, vamos, hombre, lo que le faltaba a la Vero. Me seguiré quedando en la antesala, donde supongo que está mi sitio. En realidad, lo que voy a hacer es una travesura sin más, vamos, una chiquillada, pero quiero darme el gusto, mejor dicho, el gustazo, al tiempo que sería un intento más de los míos, según como se mire. Tal vez podría ser el definitivo, sí, con total seguridad, el definitivo; y además, creo que me voy a reír, que me lo voy a pasar bien. Que no se diga que no se intentó. En el fondo no ha estado mal, como suele decirse, ha sido toda una experiencia; aunque también podría decir que solamente ha sido una experiencia. *(Pausa)*. En fin, a partir de este momento voy a pensar en mi acuario, en los animales con los que voy a compartir mi vida. ¿Habrá en estos momentos algún pez pensando en los humanos con los que vaya a compartir su vida? *(Breve pausa)*. No importa, adelante.

Se acerca al teléfono y descuelga.

Aquí Presidencia, sin ningún tipo de demora, avísenme cuando esté listo un coche oficial.
Máxima urgencia.

*Cuelga el teléfono, mira el bocadillo, duda, pero al fin lo toma y clava en él sus incisivos.
En la espera, mientras mastica, lentamente desciende la luz. Oscuro. Fin.*